

Marta Robles

AMADA
CARLOTA


ESPASA

MARTA ROBLES
AMADA CARLOTA

© Marta Robles, 2025
(representada por la Agencia Dos Passos)
© Editorial Planeta, S.A., 2025
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: septiembre 2025

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 13.708-2025
ISBN: 978-84-670-7843-5

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impresión: Liberdúplex
Impreso en España-*Printed in Spain*



1

Pasado, 5 de agosto de 1985

«Y fue en la hora de verte que te perdí
sin verte.

¿De qué color tus ojos, tu cabello, tu
sombra?».

CONCHA MÉNDEZ

La clínica se encuentra a las afueras del pueblo que acaban de atravesar. Mari Carmen se ha despertado justo al rebasarlo, tras el estrepitoso salto del automóvil sobre un inoportuno montículo de arena del camino, que la ha obligado a incorporarse. Al erguirse un poco más y curiosear por la ventana, para tratar de averiguar su paradero, el dolor de una nueva contracción en los riñones la empuja a ovillarse de nuevo en el asiento posterior, mientras el vehículo penetra en el garaje del que debe de ser el centro sanitario al que se dirigen, aunque no exhiba ningún cartel identificativo.

El conductor la ayuda a descender del vehículo y la acompaña en el ascensor al primer piso, donde recorren un corto pasillo, completamente desierto, hasta llegar a la última de las habitaciones de la planta; una vez allí, abre la puerta, la invita a pasar con un gesto y, en cuanto entra, cierra desde fuera y desaparece. Mari Carmen revisa con sus ojos azules y asustados las desnudas paredes también celestes del minúsculo habitáculo donde acaban de aban-

donarla con su enorme tripa de embarazada y unos desgarradores dolores que amenazan con partirla en dos. Al poco, una monja irrumpe enérgica en el cuarto, sin llamar, le informa de que su nombre es sor Azucena, le entrega una bata y le ordena que se desvista y se la ponga.

—¿La ropa interior también? —pregunta ella, con timidez.

La religiosa la mira con desdén antes de responder.

—Obviamente.

Apenas hay nada en la estancia. Solo una cama con ruedas, una mesilla articulada y multiusos, un sillón de orejas de escay y, en la pared contraria, un crucifijo de grandes dimensiones. Mari Carmen se cambia, obediente, y al sentarse sobre el colchón nota un nuevo latigazo en los riñones, tan agudo e insoportable esta vez, que presiente que el bebé está a punto de llegar, aunque a sus dieciséis años recién cumplidos carezca de la más mínima experiencia. Acierta. Al cabo de un par de minutos, rompe aguas y no consigue ahogar el chillido que le arranca el intenso dolor de las contracciones, que ahora se reproducen cada vez a mayor velocidad. Sor Azucena vuelve a abrir la puerta y asoma su cabeza enmarcada por la toca de monja, colocándose un dedo en los labios.

—Shhh —sisea, frunciendo el ceño y mostrando su enojo—. No hagas tanto ruido, Mari Carmen, que no es para tanto, y hay otras mujeres que están descansando...

—Pero es que me duele muuuucho —se queja ella, retorciéndose.

—Haberlo pensado cuando estabas fabricando al bebé. Si es que no os enseñan que cuando no se obra bien hay consecuencias. Parece mentira que con un padre como el tuyo... Anda, tumbate, que bajamos ya al paritorio.

La chica se desmaya sobre el colchón, llorando tan silenciosamente como puede y conteniendo a duras penas los aullidos que le aliviaría proferir. Casi al tiempo, entra un celador, le quita el freno a la cama, la empuja con destreza hasta sacarla fuera del cuarto y dobla el pasillo para

alcanzar el ascensor que desciende hasta el quirófano, donde la aguardan un médico y una comadrona. Ella no aguanta más y deja escapar un grito lacerante, esperando que le ayude a mitigar el insufrible dolor.

—No te quejes tanto, bonita —la reprende ahora la matrona—, que por esto mismo han pasado millones de mujeres, no eres la primera... Lo que tienes que hacer es empujar, que cuanto más colabores, antes acabará todo.

La joven empuja con todas sus fuerzas, una y otra vez, siguiendo las indicaciones de la mujer. El médico ni le dirige la palabra, atento en exclusiva a que el bebé asome la cabeza, para darle un buen tajo al periné y facilitarle la salida. Poco después, el pequeño está ya en el mundo. La matrona lo aparta de su progenitora, le da un azote con el que rompe a llorar, le limpia los restos de meconio y sangre y lo viste, mientras el galeno termina de suturar el enorme corte de la episiotomía, sin ningún cuidado. Cuando concluye, la recién parida, casi sin fuerzas, se atreve a preguntar:

—¿Puedo ver al niño?

—Es una niña —responde la comadrona, acercándosela y colocándola sobre su pecho—. Y puedes, sí, pero no te acostumbres a ella.

En cuanto la depositan en los brazos de su madre y siente el calor de su piel, la bebé se calma y esboza una mueca que parece una sonrisa. Su pelo es oscuro y su boquita perfecta como la de una muñeca. De pronto, por sorpresa, abre los ojos como si supiera que será la única oportunidad que tendrá de ver a su madre y la observa con una fijeza conmovedora. Son tan azules como los suyos. La emoción le humedece la mirada y las lágrimas resbalan silenciosas por sus mejillas. Es su hija... Siente el calor de su piel en su pecho y un dolor mucho más atroz que el que acaba de conocer en el parto, cuando, apenas unos minutos más tarde, la matrona le retira a la niña de encima y el celador empuja su cama de regreso a la habitación. Cuando llega al cuarto, el cansancio la vence y se queda dormi-

da. Horas más tarde se despierta y nota cómo le tiran los puntos de la vagina y la tristeza de la soledad. No hay una cuna a su lado. Tampoco nadie acompañándola. Está sola. Aunque era lo que esperaba. Lo que se merece. Eso le han dicho. La monja abre la puerta, le destapa la entrepierna sin preguntarle y le enseña cómo tendrá que hacerse las curas de los puntos en su casa.

—Porque te vas ahora mismo, ¿lo sabes? —le explica mientras maniobra con brusquedad, con un algodón untado en Blastoestimulina, después de haber vertido un buen chorro de agua oxigenada sobre la herida—. Tu padre ha mandado un conductor a recogerte.

—¿Y la niña? —pregunta ella—. ¿Volveré a verla?

—¿Qué niña? —La monja clava sus pupilas en las suyas—. Tú NO has parido ninguna niña... A ver si te queda claro. Hale, vístete y recoge tus cosas. Te dejo aquí una bolsita con lo básico para las curas y ¡listo!

—Necesito beber... —se atreve a decir—, y tengo mucho dolor...

—Ahora te traigo un poco de agua y un Nolotil. Pero no te retrases. Tu padre ha sido preciso: quiere que pases aquí el menor tiempo posible. Cuanto antes te vayas y te olvides de todo esto, mucho mejor para todos.

Una hora y media más tarde, el mismo coche que poco antes condujo a la joven a esa pequeña clínica clandestina, donde acaba de alumbrar a su preciosa hija, avanza a toda velocidad para dejarla atrás. Sentada en el asiento trasero del automóvil, otea por la ventana, para intentar grabar en su memoria algún detalle de la ubicación del establecimiento, pero ya ha anochecido y apenas se distingue nada. Solo sabe que se encuentra en Asturias, a no demasiada distancia de la casa de Llanes, a la que ahora regresa. Se queda dormida de nuevo y sueña con los ojos azules, idénticos a los suyos, de esa pequeña a la que nunca olvidará.

2

Presente, 2018

«A veces miento por no hacer daño, o por contar una verdad, porque hay muchas verdades que solo se pueden contar mintiendo».

GLORIA FUERTES

Todos los destinos parecen más lejanos cuando se tiene prisa por llegar. Y Roures la tiene. La llamada de Carlota le ha hecho pisar a fondo el acelerador. Ella siempre incrementa su entusiasmo. O al menos atenúa su desgana. Está deseando encontrarse con la jueza, zambullirse en las profundidades de su magnética mirada y rescatar la verdad. ¿O no? ¿Quiere saber la verdad? ¿Quiere contar la verdad? Lleva años, siglos tal vez, pensando que la verdad está sobrevalorada. Casi desde que dejó de ser «feliz e indocumentado». O lo que es lo mismo, desde que le abandonó la juventud. ¿Quién necesita saber y decir la verdad y nada más que la verdad pasados los sesenta, cuando se reinventa la vida transcurrida, a través de recuerdos distorsionados?

Mira el cuentakilómetros. Conduce a la máxima velocidad que le permite su viejo coche. Ya ha aceptado que los ruidos de sus tripas de metal son tan normales como los de su propio vientre. Ambos funcionan con ellos. Y cuando dejen de hacerlo, tampoco será por su causa. No le preocu-

pa la muerte, pero sí vivir muerto. Como tantos hombres y mujeres que caminan y respiran como si estuvieran vivos, pero son zombis. Por eso sabe que perdonará a Carlota, le cuente lo que le cuente. Por eso y porque él guarda ya su propio secreto, en una relación donde no hay nada pactado y donde el engaño no existe, porque nadie se comprometió a respetar más que lo compartido. Eso se dice a sí mismo, pero sabe que aquel «no nos mintamos» de sus comienzos era un acuerdo tácito que no respetó ella. Tampoco él.

Está claro que no se sale indemne de contemplar a tu chica comiéndose a otra en un vídeo, pero... ¿no ha estado también él con otra mujer? «Los dos con mujeres», piensa; y siente que, aunque no quiera reconocerlo, le hubiera dolido más verla con un hombre. La letra es la misma, pero la música es diferente... La que suena en su coche le recuerda que la respuesta está en el viento. Palabra de Bob Dylan. Pero más bien cree que las de Carlota están guardadas en su particular caja de Pandora. Y no sabe por qué, sin embargo intuye que ella misma está a punto de abrirla. Que es lo que desea en realidad. Incluso lo que necesita. Carlota no es de las que buscan justificar sus faltas. Ni siquiera acepta que sean faltas si no existen reglas previas. Y tiene razón. No se puede reclamar lo que no estaba pactado. ¿No decir la verdad es mentir? Tampoco se puede pedir a un amante aquello que no te puede dar. Ni siquiera a un amigo.

Amistad. Qué bonita palabra. Tras el engaño de su amigo Llorens, en ese Castellón que ahora abandona y al que no cree que vuelva en mucho tiempo, recupera su desazón respecto a los amigos que no lo son, que nunca lo fueron o que dejaron de serlo porque la propia vida los cambió. Suena el teléfono. No tiene ganas de hablar con nadie que no sea Carlota. Solo desea llegar y encontrarse con ella. Pero es su ayudante quien le llama. Y no están los tiempos ni su cuenta corriente como para desatender el trabajo.

—Manos. ¿Qué pasa?

—Que nos ha llegado un nuevo caso, aparte de los seguimientos de cuernos, jefe. Mi primo dice...

Roures arruga el ceño. Y le corta.

—Para, Manos. ¿Tu primo? ¿No quedamos en que se centraba en la carrera de periodismo y nos abandonaba? No es mal chico, pero siempre habla de más...

—Ni que hablar fuera pecado...

—«El que guarda su boca y su lengua, guarda su alma de angustias».

—¿Ya empezamos, jefe? ¿Qué es eso? ¿Una frasecita de una galleta de la suerte?

Roures no puede evitar una sonrisa antes de contestar.

—Es un proverbio.

—Ya. Pues muy bien, jefe, no sabes lo mal que se me daban los proverbios de los chinos en el colegio...

—De la Biblia, animal...

—¿De la Biblia? —Parece que el Manos acaba de enterarse de que la Biblia incluye proverbios—. En fin, da igual... Lo importante es que, te guste más o menos, mi primo Gabriel siempre trae cosas. Y esta de la que te voy a hablar seguro que te parece interesante.

—¿Tiene música? —pregunta Roures con desconfianza, casi queriendo dejar claro a su colaborador que la música es de las pocas cosas que le interesan.

—Más bien letra —responde él con rapidez y un ingenio que sorprende al detective—. Y seguro que la entiendes tú mejor que yo. ¿Sabes lo que es el mesmerismo o algo así?

—¿El mesmerismo? —inquieta Roures con extrañeza—. ¿Te refieres al magnetismo animal? ¿A las supuestas prácticas sanadoras que defendía Mesmer, el mecenas de Mozart?

—Al Mesmer ese no lo he visto en toda la mañana, jefe. A mí lo que me han dicho es que hay un tipo en la facultad de Periodismo que, invocando a un escritor inglés, que siempre escribía de lo mal que lo pasaban los niños pobres, abusa de sus alumnas...

—¿Dickens? —pregunta de manera retórica Roures, mientras se esfuerza por recordar algo más sobre el

mesmerismo. Si la memoria no le falla, los mesmeristas defendían la existencia de un fluido magnético invisible en el universo que influía en los seres vivos y podía ser manipulado a través del uso de imanes para sanar, principalmente, sus afecciones nerviosas. Una suerte de curanderismo sofisticado creado por Mesmer en el siglo XVIII, que en el XIX contó con ilustres seguidores entre los que se incluían médicos de prestigio y algunos intelectuales...

—No sé qué es lo que pinta el tal Dickens aquí exactamente, jefe —dice el Manos, interrumpiendo los pensamientos de Roures—, pero sí que el del mesmerismo de la facultad, que es un profesor de literatura, se pone las botas a costa de los nervios de las chicas en los exámenes... Aunque no sé qué tiene que ver el mesmerismo ese con el sobe-teo, pero...

—Bueno —responde Roures—, este asunto del mesmerismo y el magnetismo animal siempre generó mucha controversia. Y más aún el hecho de que asumiera como tratamiento terapéutico un masaje pélvico, que consistía en la estimulación manual de los genitales de la paciente hasta que esta llegara al orgasmo. Parece ser que Dickens, que ridiculizaba a los espiritistas y perseguidores de fantasmas, se hizo mesmerista convencido. Y claro, las prácticas con su mujer o incluso con su cuñada no debieron conllevar reclamaciones, pero a De la Rue, el marido banquero de la seductora Augusta, que puso a su esposa bajo los cuidados del escritor con el fin de descubrir la causa de sus enfermedades nerviosas, parece que no le hicieron gracia.

—Menudo sinvergüenza el Dickens de los cojones... Pues ahora hay un tío que se está poniendo morado a manosear coños universitarios a costa del mesmerismo ese y en nombre del escritor. O eso es lo que nos ha pedido que investiguemos un cliente, que tiene una hija estudiando periodismo que lo pasa muy mal con el asunto de los nervios, y a un profesor de literatura queriéndoselos quitar a base de tocarle todo lo que puede...

—Es increíble que en pleno siglo XXI todavía queden abusadores encubiertos, dispuestos a buscar cualquier fórmula que les facilite rendir la voluntad de una mujer. Aunque habrá que esperar para conocer la verdad en este caso, lo cierto es que a Mesmer le acusaron en su día de abusar de sus pacientes durante el trance y, según muchos, el interés de Dickens en el mesmerismo tuvo mucho que ver con sus morbosas fantasías sexuales.

—Bah, jefe, esos tíos guarros tiran de lo que sea. De burundanga, del mesmerismo ese, o de lo que haga falta. Pero manda huevos, ¿eh? Porque en los tiempos del #MeToo les puede salir bastante más cara la cosa que al tal Dickens.

—Ojalá. Pero... en relaciones tan jerarquizadas, no sé yo. A las víctimas les cuesta mucho más creer que su profesor, su entrenador o su médico sea un cabrón aprovechado. Se descubre uno de mil casos... En fin, veremos. De momento, dale la enhorabuena a Gabriel. Me repugnan todos los abusadores, pero mucho más los que aprovechan su superioridad moral para actuar con impunidad.

—¿Ves, jefe, como te quejabas sin motivo de mi primo? A veces el que hablas de más eres tú, aplícate el proverbio ese.

Roures cuelga. El Manos tiene razón. No sabe qué bicho le ha picado con Gabriel. Habla, sí. Demasiado, es cierto. Pero es un buen chico y les trae trabajo. Ya está bien de dejarse crecer las manías absurdas. Deben de ser los coletazos del último caso, que le ha dejado revuelto el estómago. Las nuevas cicatrices en su viejo corazón, que tardan más en cerrarse que antes, ahora que tiene menos paciencia y cierto malhumor permanente. El alma envejece a la par que el cuerpo. O tal vez a mayor velocidad. ¿Cuánto le queda de vida útil? ¿De ser un hombre capaz y sin dependencias de ningún tipo?

De pronto piensa en su madre. Tiene ganas de verla. Nostalgia de su mirada, aunque sea vacía y la tema, por si fuera a ser preludio de la suya despojada de recuerdos. El

Alzheimer no es exactamente hereditario, pero los antecedentes familiares y la existencia de ciertos rasgos genéticos aumentan el riesgo de desarrollarlo. Prefiere ignorarlos. Vivir con la incógnita de si le tocará la bola del sorteo o no. Y perdonar a su madre por haber enfermado tan pronto, igual que perdonó a su padre por morir antes de tiempo. La visitará después de la imprescindible conversación con Carlota. Cuando todo esté en orden en su cabeza y en su corazón...

Es necesario recomponerlo todo. ¿Acaso no hay evidencias que concluyen que la salud del cerebro y la del corazón están vinculadas? Pues razón de más para recomponer lo suyo con Carlota. Ninguno de los dos volverá a pronunciar esa frase que fue su único compromiso: «No nos mintamos nunca». Ahora se mentirán sin remordimientos. O se dejarán de contar la verdad, que es una forma más elegante de mentir. ¿Es posible que lo hayan hecho siempre, desde aquel primer día en el ático mallorquín de Carlota, en Cala Bona, cuando él buscaba a aquella joven desaparecida en Mallorca y la jueza lo sedujo sin esfuerzo?

De pronto siente un extraño vértigo. ¿Y si cuando se encuentren no nota ya ese algo indefinible que existía entre ellos desde aquel día? Han transcurrido dos años desde entonces. Poco tiempo en su biografía. Una eternidad en una pareja. Y él sabe bien que los sentimientos pueden marchitarse en un instante y sin motivo. Igual que florecieron sin que nadie sea capaz de explicar porqué. Las emociones no son enfermedades como se las consideraba en los siglos pasados. La melancolía no está causada por la bilis negra como pretendían en el xvi, ni necesariamente tiene que estar asociada a ese miedo que llevó a Carlos VI de Francia a coser varas de hierro en su ropa para no romperse de forma accidental; tampoco la nostalgia es esa dolencia que en el xviii se achacaba a los marineros que estaban lejos de su casa, anhelando regresar y que en casos severos podía costarles la vida... Las emociones no son

más que las reacciones de los seres humanos ante lo que ven, sienten o sueñan. La manera de afrontar los hechos o defenderse de ellos. Afecciones del alma que a veces se reflejan en el cuerpo. Quien sufrió por amor sabe que duele de manera física... «Se acabó —se dice Roures—. Basta de exprimírte la materia gris tratando de explicar lo inexplicable. Admite tu fragilidad. Y acepta que lo que pase, pasará».

Está llegando a Madrid, el sol se pone y el cielo, arrebolado, transita del rosa al amarillo, como en aquella película de Summers. Un auténtico festival crepuscular que fascinaría al mismísimo Velázquez. Se ve el Pirulí, la torre de comunicaciones más alta de España, presidiéndolo todo. O la que lo era cuando la construyeron, allá por sus primeros tiempos de tele y de corresponsalías y guerras. Siempre disfruta de la sensación de volver a casa cuando llega a la capital. Madrid es su casa y su refugio. La ciudad en la que se siente a salvo, pese a su apellido catalán. Y más aún esa Malasaña a la que regresó tras su separación y que forma parte de su ADN. En la que le ha pasado todo y nada, en ese mucho tiempo que, al correr, parece poco o mucho, dependiendo de la compañía. Aprovecha un semáforo y busca en su teléfono una canción sobre Madrid de un grupo vasco y curioso, de pop rock, que se llama McEnroe. Madrid tiene muchos temas dedicados. Pero ese lleva la calle de la Palma en el título y los besos que desordenan el mundo en la letra.